

premo en sus resultados, ya que no lo hubiese sido en la plenitud de la conciencia del descubridor, termina y se corona mi discurso. La Orden seráfica, sus tendencias y sus obras, vinieron preparando insensiblemente, por suave modo, esa hora decisiva en la historia de la humanidad. La Orden fué para tal suceso influencia y revelación: influencia, porque el carácter positivo de la filosofía franciscana tenía que renovar la totalidad del concepto del mundo, y sus hábitos de expansión y traslación preparar el conocimiento de toda la superficie terrestre: revelación, porque uno de los grandes filósofos de la Orden, que con la Orden decayó y con su rehabilitación se ha rehabilitado, Raimundo Lulio, dejó expresamente consignada en sus escritos la existencia del Continente Nuevo.

Ante este extraordinario dinamismo histórico, yo confieso que me parece de escasa importancia la discusión sobre quién fuese el primer apóstol de América, y sobre si en efecto, al embarcarse

Colón para su primer viaje, pronto hará cuatrocientos años, iban ó no iban con él, en la misma carabela, frailes Franciscanos; si entre ellos se contaba el Guardián de la Rábida, y si á él correspondió la dicha de formar de entretrejidas ramas el primer oratorio al Dios vivo en el Nuevo Mundo, y sobre la primer ara elevar, con manos trémulas de gozo, la primer hostia de paz y amor. Los cronistas Franciscanos defienden esta honra de su Orden, que les disputan con no escaso aparato de argumentos los Benedictinos y los Mínimos; la crítica negativa parece llevar la mejor parte: y á la confusión, ya esclarecida, de los dos Padres Marchena, añádese la confusión todavía inextricable de los dos (ó tres) Padres Buyl, el uno franciscano, el otro benedictino ó mínimo, aquél enviado por el Papa, éste por el Rey, y ambos disputándose el honoroso dictado de primeros apóstoles del Nuevo Mundo. Cuestión baladí, como toda cuestión de hechos desligados de las ideas, porque de cierto la poesía, bien dijo Aris-

tóteles, es más verdadera que la historia, y si casi podemos afirmar que el primer apóstol del Nuevo Mundo no fué franciscano, también nos será lícito añadir que debió serlo; que el nuncio de la fe católica en las Indias Occidentales, el autorizado y diputado para erigir iglesias y bautizar gentes, debió vestir el hábito de los peregrinantes por Cristo, de la Orden del beato Lulio y los valerosos exploradores del Asia y del África.

En suma, los Franciscanos tenían ya camino abierto para cultivar la viña joven. Del espíritu de caridad y rectitud con que acudieron donde tanta gente iba por sed de oro y de dominio, dan testimonio convincente las cartas de los frailes enviados para enterar á los Reyes de la gestión de los Colones en la Española; cartas que son hoy uno de los cargos más terribles contra la administración del Almirante, y uno de los mayores descargos de España y sus monarcas en lo tocante al proceso y prisión del genovés. Aun cuando los Franciscanos de-

bían de profesar natural predilección á Colón, al hermano terciario de su Orden<sup>1</sup>, al protegido del Guardián de la Rábida, al llevador de Cristo, llegado el caso de informar no se mordieron la lengua, y escribieron á Cisneros, "que el Almirante é sus hermanos se quisieron alzar é ponerse en defensa...", "que en ninguna manera permitan sus Altezas que el Almirante ni cosa suya vuelva para haber de gobernar..." "que pues vuestra Reverencia ha sido ocasión que tanto bien se comenzase en que saliera esta tierra del poderío del rey Faraón, suplicole que ni

<sup>1</sup> Ferdandez Duro llama á los Franciscanos «la orden colombina por excelencia».

Véanse las dos citas siguientes, en testimonio de la devoción franciscana de Colón.

*Historia de los Reyes Católicos*, del Cura de los Palacios, cap. 131. Dice que los Reyes «enviaron por el almirante, é vino en Castilla en el mes de junio de 1486, vestido de unas ropas de color de hábito de fraile de S. Francisco de observancia, é en la hechura poco menos que hábito, é un cordón de S. Francisco por devoción».

*Historia general de las Indias*, del P. las Casas (lib. I, cap. 102). «Y él (almirante), porque era muy devoto de S. Francisco, vistióse de pardo, y yo le víde en Sevilla al tiempo que llegó de acy vestido cuasi como fraile de S. Francisco».

él (Colón) ni ninguno de su nación vuelva á las islas „.

Voy á terminar, señores.

El humilde convento, donde Colón halló un ancla moral que le amarró á las costas de nuestra patria; donde tuvo sus fieles amigos, los propagandistas de su idea; aquel monumento sencillo donde la Virgen de los Milagros patrocinó el gran milagro histórico; aquel rincón donde ya no existen los pinares que recrearon los ojos del viajero inglés, donde sólo verdea la palmera solitaria que al lado de la erguida cruz de hierro contemporánea de Colón hiere el alma como un símbolo...; aquel asilo de paz, que es uno de esos lugares donde el dogma consolador del progreso, de la misericordia divina y de la fraternidad humana parecen cristalizarse en unas cuantas piedras, más refulgentes que diamantes purísimos...; aquel convento, repito, ante la historia, ante la tradición, ante la poesía, ante la leyenda, ante nuestra voluntad y nuestra fantasía que piden su alimento, que solici-

tan belleza para soñar, para que se abran las fuentes del sentimiento que refrigera y conforta..., aquel convento pertenece de derecho á la Orden franciscana, no por el caso fortuito de que un día Colón llamase á sus puertas y demandase agua para su hijo, sino porque en esa Orden, nacida en la patria de Colón, alboreó y latió y se manifestó claramente la idea de un nuevo mundo, idea que en España y por España tenía que realizarse; en España donde nació Séneca el filósofo, el que en los tantas veces citados y sorprendentes versos de su tragedia *Medea*, había anunciado ya con lucidez profética el mundo venidero; donde nació Raimundo Lulio, que mediante el raciocinio afirmó su existencia; donde nacieron los Pinzones, los grandes argonautas, y la Reina Católica, mujer capaz de trocar los joyeles y manillas de su tesoro por la eterna diadema que labran y enriquecen los siglos. Sí: el descubrimiento de América había de ser gloria de España, y es justo y providencial que en las playas que es-

tábamos destinados á descubrir, se escuche hoy resonar nuestro idioma en lengua de muchas naciones, y que la raza, oriunda de nuestra Península, la que lleva en las venas nuestra misma sangre, lleve también la esperanza de nuestro porvenir, y el sol, al ponerse en nuestras costas, se alce límpido y radioso en las costas americanas.

HE DICHO.



## EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LAS LETRAS ESPAÑOLAS

### I

*En los libros.*—Cesáreo Fernández Duro: *Colón y la historia póstuma.*—Nebulosa de Colón.—Pinzón en el descubrimiento de las Indias.—P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús: *Estudios críticos acerca de la dominación española en América: Colón y los españoles.*—P. Fr. José Coll: *Colón y la Rábida* (primera y segunda edición).

**L**a proximidad del cuarto centenario del descubrimiento de América y la conciencia universal de la magnitud del suceso, forzosamente habían de reflejarse en los estudios históricos, é impulsarlos á mayor actividad y plenitud. En España este ramo de la literatura florece escasa y tardíamente, no porque deje de inclinarse á su cultivo alguna inteligencia muy clara y alguna pluma muy maestra, sino porque la indiferencia del público, ya bastante marcada hacia las obras amenas, se